

Fiódor Dostoyevski

El idiota

Traducción de Juan López-Morillas

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Idiot*

Primera edición en esta colección: mayo de 2026

Ilustración y diseño de cubierta: Tatiana Boyko

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



- © de la traducción: Herederos de Juan López-Morillas, 1996
- © Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-260-3
Depósito legal: M-3183-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Primera parte

Uno

Alrededor de las nueve de la mañana a fines de noviembre, durante un deshielo, el tren procedente de Varsovia se acercaba a Petersburgo a gran velocidad. Eran tales la humedad y la bruma que a duras penas despuntaba el día; a diez pasos a un lado y otro de la vía férrea apenas se podía distinguir nada desde las ventanillas del vagón. Entre los pasajeros había algunos que volvían del extranjero: pero eran los compartimientos de tercera clase los que venían más llenos de gente, en su mayoría pequeños hombres de negocios que habían subido al tren no lejos de la capital. Como de costumbre, todos daban muestra de cansancio, con ojos soñolientos tras la jornada nocturna, todos venían yertos de frío, y sus rostros reflejaban el color pálido y amarillo de la niebla.

Junto a la ventanilla de uno de los vagones de tercera clase dos pasajeros se habían encontrado frente a frente desde el alba; ambos eran jóvenes, ambos viajaban ligeros de equipaje, ambos estaban lejos de vestir con distinción, ambos eran bastante agraciados de rostro y ambos, por último, deseaban entablar conversación. Si los dos hubieran sabido lo que de extraordinario había en ellos en ese momento, se habrían maravillado sin duda de que el azar les hubiese situado uno frente a otro en un vagón de tercera clase

del tren de Varsovia a Petersburgo. Uno de ellos era bajito, de unos veintisiete años, pelo rizado y casi negro y ojos grises, diminutos pero fogosos. Tenía la nariz ancha y chata y los pómulos salientes, sus labios delgados se arqueaban de continuo en una especie de sonrisa insolente, sarcástica y hasta malévola; pero su frente alta y bien formada ayudaba en gran medida a disimular el innoble aspecto de la parte inferior de su rostro. Lo más notable de este era su mortal palidez, la que, a pesar de la complexión bastante robusta del joven, daba a este un aire de extremada fatiga al par que de algo penosamente apasionado, que no se compadecía con su sonrisa descarada y vulgar y con la expresión áspera y petulante de su fisonomía. Iba bien abrigado en una larga pelliza negra forrada de lana de cordero y no había sentido el frío durante la noche, en tanto que su compañero de viaje se había visto obligado a sobrellevar en las costillas todos los deleites de una húmeda noche rusa de noviembre, deleites para los que evidentemente no estaba preparado. Llevaba una capa bastante ancha y recia, sin mangas y con una enorme capucha, como las que a menudo utilizan los viajeros en invierno en un lejano país extranjero, en Suiza, o, por ejemplo, en el norte de Italia, sin tener, por supuesto, que habérselas con largos trayectos como los que median entre Eydkuhnen y Petersburgo. Pero lo que era satisfactorio y estaba perfectamente bien en Italia no resultaba enteramente adecuado en Rusia. El dueño de la pelliza con capucha era también un joven de unos veintiséis o veintisiete años, de estatura algo superior a la media y pelo rubio muy espeso, mejillas hundidas y una fina barbita puntiaguda y casi blanca. Tenía los ojos grandes,

azules y penetrantes, y en su mirada había algo sereno aunque pesado, algo de la extraña expresión por la que algunas personas notan al primer golpe de vista que tienen ante sí a un epiléptico. El semblante del joven era, sin embargo, agradable, delicado y enjuto, si bien incoloro, y en ese momento estaba aterido de frío. De sus manos pendía un hatillo de seda vieja y desteñida, que al parecer constituía todo su equipaje. Llevaba zapatos de suela gruesa con botines —lo que en Rusia no se estila—. Su compañero de viaje, el del pelo negro y la pelliza forrada, observaba todo ello con insistencia, en parte porque no tenía otra cosa que hacer; y, por último, le preguntó con la sonrisa descortés con que la gente manifiesta a veces casual e indelicadamente el placer que le producen las desventuras ajenas:

—¿Tiene frío?

Y se encogió de hombros.

—Mucho —replicó con entero candor el compañero de viaje—. Y tenga en cuenta que esto no es más que un deshielo. ¿Cómo sería si estuviera helando? Nunca pensé que hiciera tanto frío aquí en nuestro país. He perdido la costumbre.

—¿Qué? ¿Viene del extranjero?

—Sí. De Suiza.

—¡Vaya, hombre!

El del pelo negro lanzó un silbido y rompió a reír.

Se entabló la conversación. La buena disposición del joven rubio de la capa suiza a responder a todas las preguntas de su moreno compañero de viaje era asombrosa y no revelaba sospecha alguna de lo desdeñoso, inmoderado y frívolo de algunas de ellas. En sus respuestas manifestó entre otras cosas que, en efecto,

había estado fuera de Rusia durante largo tiempo –algo más de cuatro años– y que había sido enviado al extranjero por motivos de salud, a causa de una rara enfermedad nerviosa, algo así como epilepsia o baile de San Vito, acompañada de espasmos y convulsiones. El joven moreno sonrió varias veces escuchándole y soltó una carcajada cuando a la pregunta «y qué: ¿le han curado?» el rubio contestó que «no, no le habían curado».

–¡Je, je! –comentó el moreno con sarcasmo–. Bastante dinero le habrá costado; y aquí seguimos creyendo en esa gente.

–¡Esa es la pura verdad! –dijo, irrumpiendo en la conversación, un sujeto mal vestido sentado junto a ellos (individuo robusto de unos cuarenta años, de nariz colorada y cara granujienta, que parecía ser un funcionario público de baja categoría bien adiestrado en el servicio)–. ¡La pura verdad, señor! Esa gente no hace más que sangrar a Rusia sin dar nada a cambio.

–¡Ah, pero en mi caso se equivoca usted! –exclamó el enfermo suizo con voz suave y conciliadora–. Por supuesto, no puedo discutir con usted porque hay muchas cosas que no conozco, pero mi médico pagó de su propio bolsillo. Compartió sus últimos céntimos conmigo después de haberme estado manteniendo a su costa en Suiza casi dos años.

–¿Pero qué? ¿Es que no tenía usted a nadie que pagara? –preguntó el moreno.

–No. El señor Pavlíschew, que me había estado manteniendo allí, murió hace dos años. Luego escribí aquí, a Petersburgo, a la esposa del general Yepanchín, con la que tengo un lejano parentesco, pero no he tenido contestación. Por eso he venido.

—¿Adónde?

—¿Quiere decir que en dónde voy a alojarme?... Pues... no lo sé todavía... la verdad... en algún sitio...

—O sea, que no lo ha decidido todavía.

Y sus dos interlocutores volvieron a reír a carcajadas.

—Y es de suponer que en ese hatillo lleva usted todas sus posesiones —dijo el moreno.

—Me atrevería a apostar que ha acertado usted —interpuso el funcionario de la nariz colorada con aire sumamente satisfecho— y que este señor tampoco trae otra cosa en el furgón de equipajes, aunque ni que decir tiene que la pobreza no es un vicio.

Así era, al parecer. El joven rubio aceptó ese dictado con extraordinaria prontitud.

—Con todo, ese bultito de usted tiene cierto significado —prosiguió el funcionario cuando todos acabaron de reír (porque conviene indicar que el propietario del bulto, al mirarles, soltó también el trapo, y con ello aumentó la hilaridad de los otros)— y aunque cabe apostar que en él no van envueltas monedas de oro francesas ni alemanas, ni siquiera holandesas (lo que cabe deducir de los botines con que están cubiertos esos zapatos de extranjis), lo cierto es que si fuese posible agregar a ese bultito de usted el parentesco, pongamos por caso, con la esposa del general Yepanchín, entonces ese bulto tendría un significado diferente, siempre en el supuesto de que la generala Yepanchina sea, en efecto, pariente de usted, y que no haya inventado usted eso por descuido... lo que ocurre a menudo, muy a menudo, con personas de excesiva imaginación.

—Ha acertado usted de nuevo —aprobó el joven rubio—, porque, en efecto, he estado a pique de equivo-

carne; o sea, que esa señora es apenas pariente mía, a tal punto que no me chocó en absoluto que no me contestara entonces. A decir verdad, así lo esperaba.

—Malgastó usted el dinero en el franqueo... Pero, en fin, es usted al menos ingenuo y sincero y eso es digno de alabanza. Hmm... Conozco, señor mío, al general Yepanchín, sobre todo porque todo el mundo le conoce. Y también conocí al señor Pavlíshev, que le estuvo manteniendo a usted en Suiza... mejor dicho, si se trata de Nikolái Andréyevich Pavlíshev, porque había dos primos del mismo apellido. El otro vive todavía en Crimea. En cuanto al difunto, Nikolái Andréyevich, era hombre muy respetable y de excelentes relaciones personales. En su día tenía cuatro mil siervos, sí, señor.

—Exactamente. Se llamaba Nikolái Andréyevich Pavlíshev —dijo el joven y, después de contestar a la implícita pregunta, miró fija e inquisitivamente al señor Sabelotodo.

Estos señores Sabelotodo se encuentran a veces (y aun bastante a menudo) en ciertas capas de la sociedad. Lo saben todo, y toda la inquieta curiosidad de su cerebro y todas sus facultades apuntan irresistiblemente en una dirección, sin duda porque carecen de intereses y opiniones vitales más importantes, como diría un pensador moderno. Bajo la expresión «lo saben todo» debe entenderse, sin embargo, un ámbito bastante limitado: dónde trabaja fulano, de quién es conocido, qué bienes tiene, de qué provincia ha sido gobernador, con quién está casado, qué dote le aportó su esposa, quiénes son sus primos hermanos y segundos, etc., etc.; en fin, datos de esa índole. Estos Sabelotodo van en su mayoría pobremente vestidos y sus

sueldos no superan los diecisiete rublos mensuales. Las personas cuyos secretos más íntimos conocen no podrían explicarse los motivos de ello, y, sin embargo, muchas se consuelan con ese conocimiento semejante a una ciencia, y derivan de él no solo la estimación de sí mismas, sino una alta satisfacción espiritual; amén de que se trata de una ciencia fascinante. Yo he conocido a eruditos, literatos, poetas y políticos que han buscado y hallado en esa ciencia su sosiego espiritual y la consecución de sus más altos designios; más aún, deben sus carreras exclusivamente a ella.

Durante todo este coloquio el joven moreno bostezaba y miraba vagamente por la ventanilla, aguardando con impaciencia el fin del viaje. Parecía un tanto preocupado –acaso en demasía–, casi consternado, y de hecho se comportaba de modo un tanto extraño; a veces parecía escuchar sin oír, mirar sin ver, y reía a menudo sin saber ni entender por qué.

–Permítame, ¿con quién tengo el honor...? –dijo de pronto el señor granujiento volviéndose al joven rubio del hatillo.

–Príncipe Lev Nikoláyevich Myshkin –respondió este inmediatamente, sin el menor titubeo.

–¿Príncipe Myshkin? ¿Lev Nikoláyevich? –repitió el funcionario como ponderando lo que oía–. No lo conozco, señor. Tampoco lo he oído mentar. Claro que no me refiero al nombre, que es histórico y se puede encontrar en la historia de Karamzín. Eso es cierto. Me refiero, señor, a usted como persona. Hoy día no se encuentran Myshkins en ninguna parte. Ni siquiera se oye hablar de ellos.

–¡Ah, por supuesto que no! –respondió el príncipe al momento–. No quedan otros príncipes Myshkin

más que yo. Creo que soy el último. Y en cuanto a nuestros padres y abuelos, no eran más que propietarios de siervos. Mi padre, sin embargo, fue subteniente en el ejército. Había sido cadete en una academia militar. Pero no sé por qué vía la generala Yepanchina llegó a ser princesa Myshkina, supongo que también la última de su linaje.

—¡Ja, ja, ja! ¡La última de su linaje! ¡Ja, ja! ¡Qué bonitamente lo expresa usted! —dijo el funcionario con risita socarrona.

El moreno también rió. El rubio quedó un tanto sorprendido de haber dicho algo chistoso, aunque no muy agudo.

—Y figúrese, lo dije sin pensar —explicó al fin con cara de asombro.

—¡Claro! ¡Por supuesto, señor, por supuesto! —coreó alegremente el funcionario.

—¿Y qué, príncipe? Habrá estudiado usted mucho con ese profesor suyo —preguntó de pronto el moreno.

—Sí... he estudiado...

—Pues yo nunca he estudiado nada.

—Yo tampoco estudié mucho nunca —agregó el príncipe, casi como disculpa—. A causa de mi enfermedad no fue posible que me instruyeran de manera sistemática.

—¿Conoce usted a los Rogozhin? —preguntó el moreno de sopetón.

—No, no los conozco en absoluto. Conozco a muy poca gente en Rusia. ¿Es usted un Rogozhin?

—Sí. Soy Parfión Rogozhin.

—¿Parfión? ¿Es usted uno de esos Rogozhin...? —empezó a decir el funcionario, dándose aún mayor importancia.

—Sí, uno de esos —le cortó al momento y con impaciencia el moreno, sin volverse, sin embargo, una sola vez al funcionario granujiento y, desde el comienzo de la conversación, hablando solo al príncipe.

—¿Es usted?... ¿Pero cómo es posible? —preguntó el funcionario casi petrificado de asombro, con ojos que casi se le saltaban de la cara y una expresión reverente y servil, más aún, atemorizada—. ¿Quiere decirse que es usted hijo de Semión Parfiónovich Rogozhin, miembro de la orden de ciudadanía hereditaria, que murió hace un mes, dejando una fortuna de dos millones y medio de rublos en dinero contante?

—¿Y tú cómo demonio sabes que dejó dos millones y medio de rublos en dinero contante? —interpuso el joven moreno, sin dignarse siquiera mirar al funcionario—. ¡Fíjese en él! —agregó guiñando al príncipe y aludiendo al otro—. ¿Y qué provecho esperan sacar de la adulación servil? Cierto es que ha muerto mi padre y que ahora vuelvo a casa desde Pskov un mes después, y eso casi descalzo. No me han mandado nada, ni el canalla de mi hermano, ni mi madre... ni dinero ni un renglón diciéndome lo que pasó. ¡Me han tratado como a un perro! ¡En Pskov he estado en cama con fiebre un mes entero!...

—Y ahora recibirá usted un millonaje y pico, todo de una vez. Eso por lo menos. ¡Ay, Dios mío! —exclamó el funcionario levantando las manos.

—¿Pero a él qué le va ni le viene en eso? ¡A ver, dígame, por favor! —dijo Rogozhin, aludiendo de nuevo con gesto de irritación y enojo al funcionario—. Porque de mí no recibirás ni un centavo aunque andes patas arriba delante de mí.

—Pues sí, sí que andaré.

–Conque sí, ¿eh? ¡Pues, mira, no te daré nada aunque bailes a mi alrededor una semana entera!

–¡Pues no me dé nada! Me lo tengo bien empleado. ¡No me dé nada! Pero sí bailaré en torno suyo. Abandonaré a mi mujer y a mis pequeños y bailaré alrededor de usted. Hay que lisonjear a quien lisonja se merece.

–¡Vete al infierno! –dijo airado el moreno–. Hace cinco semanas –prosiguió, dirigiéndose al príncipe– estaba igual que usted. Me escapé de mi padre con un hatillo como ese y me fui a Pskov, a casa de mi tía. Allí caí en cama con fiebre y él murió durante mi ausencia. Murió de un ataque de apoplejía. ¡Que en paz descance, pero antes de morir estuvo a punto de matarme! ¡Créame, príncipe, le juro que es verdad! Si entonces no hubiese salido por pies, ¡me habría escabechado!

–¿Es que hizo usted algo que le enojó? –preguntó el príncipe, mirando con particular curiosidad al millonario de la pelliza. Pero aunque podía haber algo notable en un millón y en recibir una herencia, lo que interesaba y asombraba al príncipe era otra cosa; además, el propio Rogozhin, no se sabe por qué, parecía empeñado en tener al príncipe por interlocutor, aunque al parecer necesitara la conversación por motivos más físicos que morales, más por distracción que por sinceridad; por inquietud, por agitación, por necesidad de mirar a alguien y mover la lengua. Parecía estar todavía enfebrecido, o, al menos, tener algo de calentura. En lo tocante al funcionario, estaba pendiente de las palabras de Rogozhin, no se atrevía a respirar, cogía al vuelo y ponderaba cada palabra como si buscase un diamante.

—¿Enojarle? Por supuesto, y quizá con razón bastante —replicó Rogozhin—. Pero fue ese hermano mío el que más me sulfuró. De mi madre no hay por qué hablar. Es vieja, lee vidas de santos, pasa el tiempo sentada con otras viejas como ella, y hace lo que le dice mi hermano. ¿Y él, por qué no me avisó a su debido tiempo? Sí, ¿por qué no lo hizo? Es verdad que yo entonces estaba inconsciente. Dicen que mandó, además, un telegrama. Pero, vea usted, llegó el telegrama a casa de mi tía, que es viuda desde hace treinta años y pasa todo el tiempo, de la mañana a la noche, en compañía de esos que llaman «bobos santos». No es una monja, sino algo peor todavía. Conque se asustó del telegrama, no lo abrió y lo llevó a la comisaría de policía. Que yo sepa, allí está todavía. Ha sido Vasili Vasílich Koniov quien me ha salvado. Me escribió todo lo que había pasado. Ese hermano mío cortó las borlas del féretro de mi padre durante la noche. Eran de oro. Dijo que costaban un dineral. Solo por eso podrían mandarlo a Siberia si quisiera, porque eso es un sacrilegio. ¡Oye, tú, espantajo! —exclamó volviéndose al funcionario—, eso es un sacrilegio, según la ley, ¿verdad?

—¡Sacrilegio, sacrilegio! —confirmó al momento el funcionario.

—¿Para mandarlo por eso a Siberia?

—¡A Siberia, a Siberia, derechito a Siberia!

—Creen todavía que estoy enfermo —prosiguió Rogozhin dirigiéndose al príncipe—, pero yo, sin decir palabra, callandito, enfermo y todo, he tomado el tren y me he puesto en camino. ¡Ábreme la puerta, hermano querido, Semión Semiónych! A mi difunto padre siempre le hablaba mal de mí. Lo sé. Ahora bien, lo

que es verdad es que irrité a mi padre por causa de Nastasia Filíppovna. Ahora sí he metido la pata. Estoy en un lío.

—¿A causa de Nastasia Filíppovna? —preguntó servilmente el funcionario como si pensase en algo.

—¡Pero si tú no sabes nada de ella! —gritó Rogozhin impaciente.

—¡Sí sé! —respondió triunfante el funcionario.

—¡Qué vas a saber! ¡Si hay un sinfín de Nastasias Filíppovnas! ¡Y te digo que eres un bicho repugnante! Pues bien, ya sabía yo —agregó dirigiéndose al príncipe— que algún tipo asqueroso como este se me pegaría como una sanguijuela.

—Pero, con todo, puede ser que lo sepa —dijo el funcionario temblando de agitación—. Lébedev lo sabe. Usted, ilustre caballero, me regaña, pero ¿y si se lo pruebo? Pues bien, esa misma Nastasia Filíppovna fue el motivo de que su señor padre quisiera darle a usted una paliza. Pero de Nastasia Filíppovna, cuyo apellido es Baráshkova, cabe decir que es una dama bien nacida, en cierto modo una princesa, y está en relaciones con un tal Afanasi Ivánovich Totski, y solo con él, un propietario noble y riquísimo, miembro de varias empresas, y, por esa razón, gran amigo del general Yepanchín.

—¡Ajá! ¡Conque tú...! —dijo por fin Rogozhin genuinamente sorprendido—. ¡Qué demontre! ¡Pero si este lo sabe de veras!

—¡Lo sabe todo, lo sabe todo! Yo, ilustre caballero, estuve viajando dos meses con Aleksánder Lijachov, después de morir también el padre de este, y conozco todos los rincones y escondrijos, hasta el punto de que sin Lébedev él no podría dar un paso. Ahora está en la

cárcel por deudas, pero entonces tuvo ocasión de conocer a Armance, a Coralie, a la princesa Pátskaya y a Nastasia Filíppovna. Y hay otras muchas cosas que tuvo ocasión de conocer.

—¿A Nastasia Filíppovna? ¿Pero es posible que esta también... con Lijachov?... —Rogozhin le miró furioso. Hasta palidieron y le temblaron los labios.

—¡No, no! ¡En absoluto! ¡No hubo nada entre ellos! —se apresuró a rectificar el funcionario—. Ni siquiera a fuerza de dinero pudo Lijachov conseguir lo que quería. No, ella no es Armance. Allí no hay más que Totski. Y por las noches tiene su propio palco en el Bolshoi o en el Teatro Francés. Los oficiales pueden decir entre sí todo lo que quieran, pero no pueden probar nada. «¿Ven allí a esa señora? Es la mismísima Nastasia Filíppovna.» Eso es todo. Pero en cuanto a otras cosas, nada. Porque no hay nada que decir.

—¡Conque en esas estamos! —confirmó Rogozhin sombrío y cejijunto—. Eso mismo fue lo que me dijo entonces Zaliózhev. Yo, príncipe, cruzaba un día la avenida Nevski. Llevaba puesto un gabán usado de mi padre, viejo de tres años, cuando ella salió de una tienda y subió a su coche. Me quedé clavado en el sitio. Tropecé con Zaliózhev. No se parece en nada a mí; va vestido como un ayudante de peluquero, con monóculo, en tanto que en casa de mi padre solo nos distinguíamos por nuestras botas enceradas y nuestra sopa aguada. Y va y me dice: «Esa no es para ti; es una princesa y se llama Nastasia Filíppovna, de apellido Baráshkova; y vive con Totski, pero Totski no sabe ahora cómo deshacerse de ella, porque dice de sí mismo que va entrando en años —que son ya cincuenta y cinco— y quiere casarse con la mujer más hermosa de

todo Petersburgo». Entonces me insinuó que podría verla ese mismo día... sí, a Nastasia Filíppovna, en el Teatro Bolshoi, en el ballet, en su platea. En casa, con mi padre, si alguno de nosotros se hubiera atrevido a ir al ballet, nos habría matado. Yo, sin embargo, fui allí a hurtadillas durante una hora y volví a ver a Nastasia Filíppovna; aquella noche no pegué ojo. A la mañana siguiente mi padre me dio dos bonos del Tesoro del 5%, por valor de 5.000 rublos cada uno. «Anda y véndelos –me dijo–, lleva 7.500 rublos a la oficina de Andréyev y tráeme el resto de los 10.000, sin pararte en ningún sitio. Te estaré esperando.» Vendí los bonos, tomé el dinero, pero no llevé el dinero a la oficina de Andréyev, sino que me fui derecho al almacén inglés y con todo el dinero compré un par de pendientes con un diamante en cada uno casi del tamaño de una nuez. Quedé debiendo 400 rublos, pero di mi nombre y me los fiaron sin dificultad. Fui a ver a Zaliózhev con los diamantes. Le dije lo que había hecho: «conque ahora, amigo, vayamos a casa de Nastasia Filíppovna». Allá fuimos. No sé cómo llegamos allí, porque no podía ver nada ni delante de mí ni a mis lados, ni recuerdo nada. Entramos directamente en el salón, donde ella nos recibió. Yo no quise decirle entonces de quién era el regalo; el que habló fue Zaliózhev: «Esto viene de parte de Parfión Rogozhin –dijo– en recuerdo de haberla visto a usted ayer. Dígnese aceptarlo». Ella abrió el paquete, echó un vistazo a su contenido y sonrió: «Dé las gracias a su amigo, el señor Rogozhin, por su amable atención»; saludó y se fue. ¡No sé por qué no caí muerto en ese mismo instante! Porque sepa usted que fui allá pensando: «en todo caso, no volveré vivo de allí». Y lo que más me

fastidió en todo ello fue que ese bestia de Zaliózhev recabó para sí todo el favor. Yo, como puede usted ver, soy bajito y visto como un vagabundo; estaba allí sin decir esta boca es mía, mirándola con ojos desorbitados, muy avergonzado. Y él estaba a la última moda, con el pelo engominado y rizado y mejillas sonrosadas, corbata a cuadros, deshaciéndose en cumplidos y reverencias. De seguro que ella se figuró que él era yo. «Bien –le dije cuando salíamos–, no te atrevas tú ahora a pensar en ella, ¿me oyes?» Él se echó a reír. «Bueno, ¿y ahora cómo vas a arreglar las cuentas con tu padre?» Yo, la verdad, hubiera querido entonces tirarme al río sin ir primero a casa, pero luego me dije: «Da igual». Y volví a casa como si estuviera maldito.

–¡Ay, ay! –exclamó el funcionario torciendo el gesto y temblando de veras; y agregó, dirigiéndose al príncipe–: ¡Y el difunto padre de este señor, que hubiera mandado a cualquiera al infierno, no digo que por diez mil rublos, sino tan solo por diez!

El príncipe observaba con curiosidad a Rogozhin; le parecía que en ese momento estaba aún más pálido.

–¡Al infierno! –repitió Rogozhin–. ¿Y tú qué sabes? En seguida se enteró de todo –agregó, dirigiéndose al príncipe– y Zaliózhev, por su parte, se lo contó a todo el que lo quiso oír. Conque mi padre me cogió, me llevó a una habitación de arriba y para darme una lección la emprendió a palos conmigo durante toda una hora. «Esto es solo un preludio –dijo– porque volveré para darte las buenas noches.» ¿Y sabe lo que hizo? Fue derecho a casa de Nastasia Filíppovna, la saludó inclinándose hasta el suelo, imploró y lloró. Conque al fin salió ella, cogió el estuche y se lo tiró a la cara: «¡Aquí tienes tus pendientes, barba vieja, diez veces

más preciosos que antes ahora que veo cómo los adquirió Parfión a pesar de tus amenazas! Saluda y da las gracias en mi nombre a Parfión Semiónych». Pues bien, mientras tanto pedí prestados veinte rublos a Serguéi Protushin y, con la bendición de mi madre, salí en tren para Pskov adonde llegué con fiebre. Las viejas estuvieron recitando oraciones para curarme, y yo allí sentado, borracho. Luego salí en visita de tabernas con mi último dinero. Pasé toda la noche en la calle borracho perdido. A la mañana estaba delirante de calentura, sin contar que durante la noche los perros se habían metido conmigo. No sé cómo pude volver en mi acuerdo.

—¡Vaya, vaya! Veremos qué canción cantará ahora Nastasia Filíppovna —rió socarronamente el funcionario, restregándose las manos—. ¡Ahora, señor mío, ya no será cuestión de unos pendientes! ¡Ahora los pendientes que le regalaremos serán tales que!...

—¡Oye, tú! ¡Si pronuncias una vez más el nombre de Nastasia Filíppovna —gritó Rogozhin, asiéndole fuertemente del brazo— te juro que la emprendo a azotes contigo, aunque hayas corrido mundo con Lijachov!

—¡Y si me das de azotes, eso significa que no me rechazas! ¡Anda, pégame! El azote será el sello que confirmará lo que digo... ¡Ah, pero ya llegamos!

En efecto, el tren entraba en la estación. Aunque Rogozhin había dicho que se había marchado a hurtadillas, le estaban esperando algunas personas que gritaban y agitaban en el aire sus gorros.

—¡Anda, pues si está también Zaliózhev! —murmuró Rogozhin mirándolos con sonrisa triunfante y casi malévol; de pronto se volvió hacia el príncipe—: Príncipe, no sé por qué te he cogido aprecio. Quizá porque

te he encontrado en un momento como este, pero también he encontrado a este –y apuntó a Lébedev– a quien no tengo afecto alguno. Ven a verme, príncipe. Te quitaremos esos botines, te daré una pelliza de marta cibelina, te mandaré hacer un traje de primera calidad, un chaleco blanco o como lo quieras, te llenaré los bolsillos de dinero y... nos iremos a ver a Nastasia Filíppovna. ¿Vas a venir o no?

–¡Oiga, príncipe Lev Nikoláyevich! –secundó Lébedev con acento grave y solemne–. ¡No desperdicie la ocasión! ¡No la desperdicie!

El príncipe Myshkin se levantó, alargó cortésmente la mano a Rogozhin y le dijo amablemente:

–Iré con sumo gusto y le estoy muy agradecido de que sienta afecto por mí. Quizá pueda ir hoy mismo, si tengo tiempo. Porque le diré con toda franqueza que usted también me ha agradado mucho, sobre todo cuando me contaba lo de los pendientes. Incluso antes de eso me agradaba usted, aunque tiene usted un aspecto sombrío. Le agradezco también su promesa de ropa y de una pelliza, porque sí, efectivamente, voy a necesitar pronto ropa y pelliza. En cuanto a dinero, en este momento casi no tengo un kopek.

–¡Habrás dinero, ven y lo tendrás esta noche!

–Completamente cierto: tendrá un montón antes del anochecer –intervino Lébedev.

–Y en cuanto al sexo femenino, príncipe, ¿le tienes mucha afición? Dímelo de antemano –quiso saber Rogozhin.

–¡Yo... n-n-no! Es que... Quizá no sepa usted que a causa de mi enfermedad congénita no conozco en absoluto a las mujeres.

–Pues en ese caso –exclamó Rogozhin– eres, príncipe, un genuino «bobo de Cristo», de esos a quienes ama Dios.

–De esos a quienes ama Dios –repitió el funcionario.

–Tú, cagatintas, sígueme –dijo Rogozhin a Lébedev, y salieron del vagón.

Lébedev acabó, pues, saliéndose con la suya. Pronto el ruidoso tropel se alejó en dirección a la avenida Voznesenski. El príncipe necesitaba torcer hacia la avenida Liteini. El tiempo estaba húmedo y brumoso. El príncipe preguntó a los transeúntes; tenía que recorrer un trayecto de tres verstas y decidió tomar un coche de punto.

Dos

El general Yepanchín vivía en casa propia, no lejos de la avenida Liteini, del lado de la iglesia de la Transfiguración. Además de esta (excelente) casa, cinco sextas partes de la cual las tenía arrendadas, el general era dueño en la calle Sadóvaya de un enorme edificio que también le rendía cuantiosos beneficios. Además de estas dos casas tenía en los alrededores de la capital una propiedad sumamente importante y lucrativa, sin contar una fábrica de algo en el distrito de Petersburgo. En otros tiempos, como era sabido de todos, había traficado en monopolios del gobierno. Ahora tenía participación y notable influencia en diversas y prestigiosas sociedades anónimas. Se le tenía por hombre adinerado, muy activo en el mundo de los negocios y muy bien relacionado socialmente. En algunos lugares sabía hacerse absolutamente indispensable, entre ellos en el ministerio en que trabajaba. Y, no obstante, también se sabía que Iván Fiódorovich Yepanchín era un hombre sin instrucción, hijo de un soldado raso, detalle este último que redundaba sin duda en honor suyo; pero, aunque inteligente, no carecía de algunas pequeñas y perdonables debilidades y no agradecía ciertas alusiones. Pero de que era hombre listo y capaz no cabía la menor duda. Ponía cuidado, por ejemplo, en no dar un paso adelante cuando lo más prudente

era quedarse atrás, sencillez por la cual muchos le apreciaban, o sea, que sabía siempre cuál era su sitio. ¡Pero, ay, si esos jueces hubiesen conocido lo que a veces pasaba en el alma de Iván Fiódorovich, individuo que tan bien sabía cuál era su sitio! Aunque era, efectivamente, hombre práctico y tenía experiencia de la vida y los negocios, sin contar otras notables aptitudes, prefería presentarse como agente de ideas ajenas más que como creador de ideas propias, como hombre «leal sin meterse donde no le llamaban» y que, fiel al espíritu de la época, era totalmente ruso y de buen corazón. En este último respecto el general se vio envuelto en algunas aventuras divertidas, pero no se desanimaba nunca, ni siquiera ante los incidentes más festivos de esa índole. Por añadidura, tenía suerte incluso cuando jugaba a las cartas, y jugaba muy fuerte, negándose adrede a ocultar esta supuesta pequeña «debilidad», que en algunas ocasiones le resultaba sumamente útil y de la que hacía alarde ante todo el mundo. Circulaba en medios sociales mixtos, pero siempre, por supuesto, entre «hombres de pro». Para él, sin embargo, todo estaba todavía por delante, tenía tiempo bastante, más que bastante, y todo llegaría en su tiempo y sazón. Por otra parte, en cuanto a edad el general Yepanchín estaba, como se dice, en plena forma, es decir, tenía cincuenta y seis años, ni un día más, lo que en cualquier caso es una edad florida, una edad en la que cabe decir que empieza de veras la vida *auténtica*. Su salud, el color de su tez, su sana aunque descolorida dentadura, su recia y vigorosa complexión, su aire preocupado por la mañana en su departamento, su faz alegre por la noche jugando a las cartas o en casa del señor conde... todo ello contri-

buía a sus éxitos presentes y futuros y adornaba de rosas la vida de Su Excelencia.

El general encabezaba una familia floreciente. Cierto es que no todo en ella eran rosas, y, sin embargo, había en ella lo suficiente para que desde tiempo atrás Su Excelencia pudiera concentrar en ella, con afán y seriedad, sus principales esperanzas y propósitos. Y, al fin y al cabo, ¿qué propósito hay en la vida más importante y sagrado que el de un padre? ¿A qué cabe aferrarse si no es a la familia? La familia del general se componía de su esposa y tres hijas crecidas. El general se había casado hacía largo tiempo, cuando aún era teniente, con una muchacha de casi la misma edad que él, que carecía de instrucción y de belleza y que tenía solo cincuenta siervos de dote, los cuales, sin embargo, constituyeron la base de su fortuna futura. Pero el general nunca se quejó más tarde de su temprana coyunda, nunca la consideró como ofuscación de una juventud imprudente, y respetaba tanto a su esposa y tanto miedo le tenía que casi la amaba. La generala era del linaje principesco de los Myshkin, linaje nada brillante pero sí muy antiguo, del que mucho se ufanaba. Un personaje influyente de la época, uno de esos protectores a los que la protección no les cuesta nada, consintió en interesarse por el matrimonio de la joven princesa. Abrió el postigo al joven oficial y le empujó dentro, si bien este no tenía necesidad de empujones; le hubiera bastado con una mirada, la cual no hubiera caído en saco roto. Con ligeras excepciones, marido y mujer pasaron toda su vida conyugal en amor y compañía. Cuando aún era muy joven, la generala, como princesa nata y última de su estirpe y quizá también por sus dotes persona-

les, había sabido trabar conocimiento con protectoras de muy alto copete. Posteriormente, con la fortuna y la alta posición de su marido, llegó incluso a sentirse muy a gusto en esas altas esferas.

Durante los últimos años habían crecido las tres hijas del general: Aleksandra, Adelaida y Aglaya. Verdad es que las tres eran solo Yepanchinas, pero por parte de la madre eran de linaje principesco, con dotes nada exiguas, con un padre que con el tiempo podía aspirar a una posición muy elevada y, lo que era igualmente importante, las tres eran notablemente guapas, sin excluir a la mayor, Aleksandra, que ya había cumplido veinticinco años. La segunda tenía veintitrés y la menor, Aglaya, solo veinte. Esta última era una verdadera belleza y empezaba a llamar mucho la atención en la alta sociedad. Pero había más todavía: las tres se destacaban por su educación, inteligencia y talento. Era notorio que las tres se querían mucho y se apoyaban mutuamente. Incluso se rumoreaba que las dos mayores habían hecho algunos sacrificios en provecho de la menor, que era el ídolo de la casa. En sociedad, no solo no gustaban de presumir, sino que eran quizá demasiado modestas. Nadie podía acusarlas de arrogancia o impertinencia, y sin embargo todo el mundo sabía que eran orgullosas y conscientes de su valía. La mayor era aficionada a la música, y la segunda era notabilísima pintora; pero esto casi nadie lo había sabido durante muchos años y solo se había descubierto últimamente y por casualidad. En suma, de ellas se hacían grandes alabanzas. Pero también tenían sus detractores. Se hablaba con horror de los muchos libros que leían. No tenían prisa en casarse; mostraban aprecio por un cierto círculo social, pero no un aprecio

excesivo, circunstancia tanto más notable cuanto que todo el mundo conocía la actitud, el carácter, los propósitos y los deseos del padre.

Eran ya cerca de las once cuando el príncipe tiró de la campanilla en el piso del general. Este vivía en la segunda planta, en una vivienda todo lo modesta que le era posible en consonancia con su posición social. La puerta fue abierta por un lacayo de librea, y el príncipe hubo de dar una larga explicación a ese sujeto, quien desde el primer instante miró con suspicacia al visitante y su hatillo. Por último, ante la declaración precisa y reiterada de que era, en efecto, el príncipe Myshkin y que necesitaba ver al general sin falta por un asunto urgente, el atónito criado le condujo a una pequeña antecámara junto a la sala de recepción que daba acceso al despacho de Su Excelencia, y le puso en manos de otro fámulo que tenía la misión de anunciar al general a las personas que venían a visitarle. Este segundo lacayo, de frac, había rebasado la cincuentena y tenía un aire preocupado. Era el criado personal del general, adscrito al despacho de este, por lo que tenía una eminente opinión de sí mismo.

—Espere en la sala de recepción y deje aquí su bulto—dijo, arrellanándose grave y lentamente en su sillón y examinando con severo asombro al príncipe, que se había sentado junto a él en una silla, con el hatillo en las manos.

—Si no le importa—dijo el príncipe—, preferiría esperar aquí con usted. ¿Qué haría yo allí solo?

—No puede quedarse en la antecámara; es usted un visitante, o, dicho de otro modo, un huésped. ¿Quiere usted ver al general en persona?

El criado, que al parecer no se hacía a la idea de tener que admitir a tal visitante, decidió repetir la pregunta.

—Sí, tengo un asunto... —empezó a decir.

—No le pregunto qué asunto es ese. Mi misión consiste solo en anunciarle. Y ya le he dicho que sin el permiso del secretario no puedo anunciarle.

La suspicacia de ese hombre parecía ir en aumento; el príncipe no encajaba ni con mucho en la pauta de los visitantes habituales, y aunque el general recibía casi a diario, a una hora determinada, a todo género de visitantes por cuestión de *asuntos*, el criado, a pesar de estar acostumbrado a ello y de las amplias instrucciones que tenía, parecía sumamente dudoso; la intervención del secretario era indispensable antes de anunciar al príncipe.

—¿Y usted de veras viene... del extranjero? —preguntó al cabo casi a pesar suyo, y calló confuso; lo que por lo visto quería preguntar era: «¿de veras que es usted el príncipe Myshkin?».

—Sí, vengo directamente del tren. Me parece que lo que usted quería preguntarme era si soy efectivamente el príncipe Myshkin, pero no me lo preguntó por cortesía.

—Hmm... —gruñó sorprendido el criado.

—Le aseguro que no le he mentado y que no le reprocharán a usted por mi causa. Y lo de ir vestido como voy y llevar este bulto no tiene nada de extraño; de momento mi situación no es precisamente brillante.

—Hmm. Pues vea que no es eso lo que me preocupa. Mi obligación es anunciarle, y el secretario vendrá a hacerlo, a menos que usted... Sí, ahí está el quid, a

menos que usted... Bueno, a menos que usted... con perdón, haya venido a pedir dinero al general, si me permite preguntárselo.

–¡Oh, no! De eso puede usted estar seguro. Mi asunto es completamente diferente.

–Usted perdone, pero lo pregunté por su aspecto. Espere al secretario. De momento el general está ocupado con el coronel, y en seguida vendrá el secretario... de la empresa.

–Entonces, si tengo que esperar un buen rato, quisiera preguntarle si hay algún sitio donde pueda fumar. Tengo pipa y tabaco.

–¿Dón-de fu-mar? –preguntó el criado, mirándole perplejo y despreciativo, como si no diera crédito a sus oídos–. ¿Fumar? No, aquí no se puede fumar, y además debiera darle a usted vergüenza solo de pensarlo. ¡Pues no faltaba más!

–¡Oh, no lo preguntaba por esta habitación! Me doy cuenta de que aquí no. Lo preguntaba por si podía ir a algún sitio que usted me indicase, porque estoy acostumbrado a fumar y hace ya tres horas que no he fumado. Pero, en fin, sea como usted quiera. Ya conoce usted el refrán de que «cuando estés en Roma...».

–Bueno, ¿cómo voy a anunciarle a usted? –murmuró el criado casi a pesar suyo–. Lo primero es que no debiera usted estar sentado aquí, sino en la sala de recepción porque es usted un visitante, o sea, un huésped, y me lo echarán en cara... ¿Tiene usted la intención de vivir aquí? –agregó, mirando de reojo una vez más el hatillo del príncipe que, al parecer, le tenía inquieto.

–No, no lo creo. Incluso si me invitasen no me quedaría. Vengo solo para conocer al general y nada más.

—¿Cómo? ¿Para conocerle? —preguntó el criado con asombro y redoblada suspicacia—. ¡Pero si dijo usted primero que venía por asuntos!

—Bueno, apenas por asuntos. O mejor dicho, si usted prefiere, por un asunto sobre el cual quiero pedirle consejo. Vengo principalmente para presentarme porque soy el príncipe Myshkin y la señora Yepanchina es princesa Myshkina, la última de ese linaje, y excepto ella y yo no quedan más Myshkin.

—¿Entonces es usted, además, pariente? —preguntó sorprendido y casi asustado el lacayo.

—Pues no del todo. Pero si estiramos el parentesco... pues sí, somos parientes, pero tan lejanos que en realidad no los alcanza un galgo. Yo escribí una carta a la generala desde el extranjero, pero no me contestó. En todo caso me pareció necesario entrar en contacto con ella a mi regreso. Le explico a usted ahora todo esto para que ya no tenga más dudas, porque veo que sigue usted inquieto. Sencillamente anúnciame como el príncipe Myshkin y con solo ese anuncio quedará explicado el móvil de mi visita. Que me reciben, bien; que no me reciben, da lo mismo, quizá incluso mejor. Pero a mi parecer, no creo que se nieguen a recibirme: la generala de seguro querrá ver al último y único representante de su familia, pues por lo que he sabido con todo detalle aprecia mucho cuanto se refiere a su linaje.

Parecería que la conversación del príncipe era har- to sencilla; pero cuanto más sencilla era tanto más fuera de lugar estaba en este caso, y un criado sabedor de su oficio no podía menos de entender que lo que era enteramente conveniente entre hombre y hombre era enteramente improcedente entre un visitante

y un criado. Y como los *criados* son mucho más inteligentes de lo que por lo común suponen sus amos, este criado pensó que una de dos: o el príncipe era un pedigüeño cualquiera que seguramente venía a pedir una limosna, o el príncipe era sencillamente un imbécil que carecía de amor propio, porque un príncipe con amor propio no estaría sentado en una antecámara hablando de sus asuntos con un criado. Por consiguiente, tanto en un caso como en otro, él, el criado, recibiría una reprimenda.

—En cualquier caso, debería usted estar en la sala de recepción —dijo con la mayor insistencia posible.

—¿Pero cómo? —observó el príncipe riendo alegremente—. De haber estado esperando allí no hubiera podido explicarle a usted todo esto. Por lo tanto, seguiría usted inquieto de ver mi capa y mi hatillo. Y ahora quizá no tiene usted que esperar al secretario y puede usted mismo ir a anunciarme.

—No. A un visitante como usted no puedo anunciarle sin el secretario, sobre todo puesto que el general ha dado órdenes hace poco de que no se reciba a nadie mientras está con el coronel. Y Gavrila Ardaliónovich entra sin ser anunciado.

—¿Un funcionario?

—¿Gavrila Ardaliónovich? No. Trabaja por su cuenta en la empresa. Ese bulto de usted, ¿por qué no lo pone aquí?

—Ya había pensado en eso; si usted permite. Y me quito la capa también, ¿no le parece?

—Claro. No va a entrar usted con capa en el despacho del general.

El príncipe se levantó, se quitó de prisa la capa y quedó en una chaqueta bastante decorosa, de buen

corte aunque un tanto usada. A través del chaleco colgaba una cadena de acero, a un extremo de la cual había un reloj de plata de marca ginebrina.

Aunque el príncipe fuese un imbécil –de lo que el criado estaba ya persuadido–, no le parecía, sin embargo, correcto a ese lacayo del general continuar la conversación con el visitante, a pesar de que, por algún motivo, el príncipe le agradaba –naturalmente que de cierta manera–. Pero desde otro punto de vista despertaba en él una indignación categórica y grosera.

–Y la generala, ¿cuándo recibe? –preguntó el príncipe, volviendo a sentarse en el sitio de antes.

–Eso ya no es asunto mío. La señora recibe a horas diferentes, según la persona. La modista puede ser recibida a las once. A Gavrila Ardaliónovich también se le recibe antes que a otros, incluso para el desayuno.

–Aquí las habitaciones de ustedes están más calientes que las del extranjero en invierno –comentó el príncipe–: pero allí es en la calle donde hace menos frío que aquí. Un ruso que no está acostumbrado a su modo de vida no puede vivir en sus casas en el invierno.

–¿Es que no las calientan?

–Sí, pero las casas están construidas de modo diferente en cuanto a las estufas y las ventanas.

–¡Hmm! ¿Y ha estado usted de viaje mucho tiempo?

–Cuatro años. Pero de hecho estuve casi siempre en el mismo lugar, en el campo.

–Y habrá perdido usted la costumbre a lo nuestro.

–Sí, es verdad. ¿Querrá usted creer que me asombro de no haber olvidado el ruso? Ahora que estoy hablando con usted me estoy diciendo: «¡Pero qué

bien hablo!». Y quizá por eso hablo tanto. De veras que desde ayer tengo ganas de hablar siempre ruso.

—¡Hmm! ¡Je, je! ¿Vivía usted antes en Petersburgo? —Por mucho que se esforzaba, el criado no podía menos de proseguir una conversación tan refinada y cortés.

—¿En Petersburgo? Muy poco; solo de paso. Ya entonces no sabía nada, y ahora tengo entendido que hay tantas cosas nuevas que, según parece, los que lo sabían todo tienen que volver a aprender. Se habla mucho de los tribunales nuevos.

—¡Hmm!... los tribunales. Los tribunales, sí, es cierto, los hay. ¿Y allá los tribunales son más justos o no?

—No lo sé. De los nuestros he oído hablar muy bien. Una cosa más: aquí ya no existe la pena de muerte.

—Y allí ¿ejecutan a la gente?

—Sí. Lo he visto en Francia, en Lyon. Schneider me llevó allí.

—¿Los ahorcan?

—No. En Francia les cortan la cabeza.

—¿Y el condenado grita?

—¡Hombre, no! Es solo un instante. Lo colocan boca abajo, cae una cuchilla así de grande a lo largo de una máquina, que llaman guillotina, cae pesadamente, con mucha fuerza... Y salta la cabeza en menos de un abrir y cerrar de ojos. Los preparativos son lo más penoso: la lectura de la sentencia al condenado, vestirle, atarle, subirle al patíbulo... ¡eso es lo horrible! La gente se aglomera alrededor, incluso las mujeres, aunque allí no gusta que lo presencien las mujeres.

—No es asunto de ellas.

—¡Por supuesto que no! ¡Un suplicio como ese!... El condenado era un hombre inteligente, sereno, fuerte,

entrado en años, de apellido Legros. Y lo que le digo a usted, créalo o no, es que lloraba cuando subía al patíbulo y estaba blanco como el papel. ¿Es posible tal cosa? ¿No es eso horrible? A ver, ¿quién llora de terror? Yo nunca hubiera creído que un hombre hecho y derecho pudiera llorar de terror; y no digo un niño, sino un hombre que nunca antes había llorado, un hombre de cuarenta y cinco años. ¿Qué le sucede en ese momento al alma? ¿A qué convulsiones llega? ¡Es un insulto al alma, ni más ni menos! Está escrito: «No matarás». ¿Quiere eso decir que porque ha matado hay que matarle a él? No; eso no está permitido. Hace ya un mes que lo vi y es como si lo tuviera aún delante de los ojos. He soñado con ello cinco veces.

Mientras decía esto, el príncipe se iba animando y su pálido rostro se coloreó ligeramente, aunque seguía hablando con la misma calma de antes. El criado le miraba con interés compasivo, a tal punto que ya, al parecer, no quería apartar los ojos de él; quizá él también fuese hombre de imaginación y tratase de pensar.

—Lo bueno es que apenas se sufre cuando la cabeza sale volando.

—¿Sabe usted? —prosiguió el príncipe acalorado—. Acaba usted de hacer ese comentario y hay mucha gente que piensa lo mismo que usted. Y para eso fue inventada esa máquina, la guillotina. Pero a mí se me ha ocurrido una idea: ¿y si eso es peor todavía? Eso le parecerá a usted ridículo, absurdo, y sin embargo con un poco de imaginación puede ocurrírsele a uno esa idea. Piense usted, por ejemplo, en el tormento. En él hay dolor físico, heridas, tortura corporal, y todo eso desvía al espíritu del sufrimiento espiritual, de modo que se sufre solo de las heridas hasta el instante mis-

mo de la muerte. Ahora bien, el dolor principal, el más agudo, puede que resulte no de las heridas, sino del hecho seguro de que dentro de una hora, luego dentro de diez minutos, luego dentro de medio minuto, luego ahora mismo, tu alma saldrá volando de tu cuerpo, y ya no serás un ser humano, y que todo eso es *cierto*. En el momento en que pones la cabeza bajo la cuchilla y oyes cómo se desliza hacia tu cabeza, ese cuarto de segundo es el más horrible. Tenga usted en cuenta que eso no es solo mi imaginación, que otras muchas personas han dicho lo mismo. Y lo creo tanto que voy a decirle a usted cuál es mi opinión.

»Matar a quien ha cometido un asesinato –prosiguió el príncipe– es un castigo incomparablemente peor que el asesinato mismo. El asesinato a consecuencia de una sentencia es infinitamente peor que el asesinato cometido por un bandido. Un hombre que es asesinado por unos bandidos de noche, en un bosque, o algo por el estilo, tiene hasta el último momento la esperanza de salvarse. Ha habido casos en que un hombre a quien le han cortado el cuello tiene esperanza todavía, o sale corriendo, o pide que se apiaden de él. Pero en este otro caso, por el contrario, esa última esperanza, que permite que la muerte sea diez veces menos penosa, es eliminada *con toda certeza*: la sentencia está ahí, y la horrible tortura está en que sabes con certeza que no te escaparás, y no hay en este mundo tortura más grande que esa. Lleve a un soldado a una batalla, póngale delante de un cañón y dispare, y él seguirá teniendo esperanza; pero si a ese mismo soldado se le lee una sentencia de muerte *cierta*, se volverá loco o romperá a llorar. ¿Quién dice que la naturaleza humana puede soportar esto sin perder

la razón? ¿A qué viene tamaña afrenta, cruel, obscena, innecesaria e inútil? Quizá exista un hombre a quien se le ha leído una sentencia de muerte, se le ha dado tiempo para meditar esa tortura y se le ha dicho de pronto: «¡Hala, vete, se te perdona!». Quizá un hombre como ese pueda hablar de ello. De una tortura y de un horror como ese habló Cristo. ¡No, no se debe tratar a un hombre de ese modo!

El criado, aunque incapaz de expresar todo esto tan bien como el príncipe, comprendió sin embargo, si no todo, lo más importante, lo que resultaba evidente por la expresión conmovida de su rostro.

—Si sigue usted teniendo tantas ganas de fumar —dijo—, quizá haya un medio, pero tendrá usted que darse prisa. Porque se le llamará a usted de pronto, y usted no estará aquí. ¿Ve usted esa puerta debajo de la escalera? Entre por ella y verá a la derecha un cuchitril. Ahí podrá fumar, pero abra el postigo, porque aquí no se permite...

Pero el príncipe no tuvo tiempo de bajar a fumar. En la antecámara apareció de pronto un joven con papeles en la mano. El criado empezó a ayudarlo a quitarse el abrigo. El joven miró de reojo al príncipe.

—Este, Gavrila Ardaliónovich —empezó a decir confidencial y casi familiarmente el criado— dice que es el príncipe Myshkin y pariente de la señora. Acaba de llegar de la estación; viene del extranjero, con solo ese bulto en la mano...

El príncipe no oyó la continuación porque el criado había empezado a susurrar. Gavrila Ardaliónovich escuchaba atentamente, mirando al príncipe con gran curiosidad. Por fin cesó de escuchar y se acercó a él con presteza.

—¿Es usted el príncipe Myshkin? —preguntó con suma amabilidad y cortesía. Era un joven muy guapo, también de unos veintiocho años, rubio y esbelto, de estatura regular, con barbita a la imperial, y rostro sagaz y muy atrayente. Solo la sonrisa, no obstante su afabilidad, era acaso demasiado delicada, y ponía al descubierto una hilera de dientes como perlas uniformes; y a pesar de su jovialidad y su aparente buen talante, algo había en sus ojos demasiado escrutador y penetrante.

«Supongo que cuando está solo no mira de ese modo y quizá nunca se ríe», fue lo que pensó el príncipe.

El príncipe explicó a toda prisa todo lo que pudo, casi igual que lo que antes había contado al criado y antes de eso a Rogozhin. Mientras tanto Gavrila Ardalionovich parecía estar tratando de recordar algo.

—¿No fue usted —preguntó— quien hace un año, o quizá menos, envió una carta, creo que de Suiza, a Lizaveta Prokófievna?

—Precisamente.

—En ese caso aquí le conocen y de seguro se acuerdan de usted. ¿Quiere usted ver a Su Excelencia? En seguida le anuncio... Pronto quedará libre. Solo que... debiera usted esperar en la sala de recepción... ¿Por qué estaba este señor aquí? —preguntó severamente al criado.

—Ya le he dicho que el señor no quería...

En ese momento se abrió de pronto la puerta del despacho y salió un militar con cartera bajo el brazo, hablando en voz alta y despidiéndose.

—¿Estás ahí, Gania? —gritó una voz desde el despacho—. Ven acá.

Gavrila Ardaliónovich hizo al príncipe una señal con la cabeza y se apresuró a entrar en el despacho.

Un par de minutos después volvió a abrirse la puerta y se oyó la voz sonora y afable de Gavrila Ardaliónovich:

—¡Pase, por favor, príncipe!

Tres

El general Ivan Fiódorovich Yepanchín estaba de pie en medio de su despacho y miró con insólito interés al príncipe cuando este entró. Más aún, dio dos pasos hacia él. El príncipe se le acercó y se presentó.

–Mucho gusto en conocerle –respondió el general–. ¿En qué puedo servirle?

–No tengo ningún asunto urgente. Mi único propósito era conocerle. No quería molestarle, porque no sabía qué días recibe usted ni qué órdenes había dado... Pero acabo de bajar del tren... Vengo de Suiza...

El general estuvo a punto de sonreír, pero lo pensó mejor y se contuvo. Luego lo pensó de nuevo, entornó los ojos, miró a su visitante de pies a cabeza y acabó por indicarle rápidamente una silla; luego se sentó él mismo, un poco de lado, y se volvió hacia el príncipe en espera impaciente de que este hablara. Gania estaba de pie en un rincón del despacho, junto a la mesa de trabajo, repasando unos papeles.

–Para entablar nuevas relaciones tengo por lo común poco tiempo –dijo el general–, pero como según parece tiene usted algún propósito...

–Ya me suponía yo –interrumpió el príncipe– que sin duda vería usted en mi visita algún fin especial. Pero le aseguro que, aparte del placer de conocerle, no tengo ningún motivo personal.

–El placer es, por supuesto, mío y grande también, pero en esta vida no todo es placer; a veces, como usted sabe, hay también asuntos a que atender... Aparte de que aún no alcanzo a descubrir lo que puede haber de común entre nosotros... o sea... alguna razón...

–En cuanto a razón, no hay sin duda ninguna, y en cuanto a lo de común, naturalmente, hay poco. Porque si yo soy el príncipe Myshkin y la esposa de usted pertenece a la misma familia, eso, por supuesto, no es una razón. Lo comprendo perfectamente. Y, no obstante, ese es mi único propósito. He estado ^ausente de Rusia algo más de cuatro años ¡y en qué estado salí de aquí! Cabe decir que sin darme cuenta, o casi sin darme cuenta. No sabía nada entonces, y ahora sé menos todavía. Tengo necesidad de gente buena; más aún, hay un asunto sobre el que quiero que alguien me aconseje, pero no sé a quién recurrir. Ya en Berlín me dije: «son casi parientes míos, empezaré por ellos: quizá podamos sernos mutuamente útiles, ellos a mí y yo a ellos, si son buenas personas». Y he oído decir que ustedes son buenas personas.

–Muy agradecido –dijo, atónito, el general–. Permítame preguntarle dónde se aloja.

–En ninguna parte todavía.

–O sea, que ha venido usted aquí directamente del tren. ¿Y... su equipaje?

–En cuanto a equipaje no tengo más que un bulto pequeño con ropa interior y nada más. Lo llevo por lo general en la mano. Esta noche habrá tiempo de encontrar habitación en un hotel.

–¡Ah! ¿Conque piensa usted tomar una habitación en un hotel?

–¡Oh, sí, claro!

—A juzgar por lo que decía, pensé que quería usted venir directamente a instalarse en mi casa.

—Hubiera sido posible, aunque no sin recibir una invitación. Pero confieso que no me hubiera quedado aquí aun si hubiera sido invitado. Y no por una razón específica, sino porque sí, porque ese es mi carácter.

—Bueno, en tal caso me alegro de no haberle invitado y no le invito a quedarse. Y permítame, príncipe, que aclare en seguida otra cosa: puesto que acabamos de ponernos de acuerdo en que no puede haber cuestión de un parentesco entre nosotros —lo que, ni que decir tiene, hubiera sido para mí sumamente lisonjero—, por lo tanto...

—Por lo tanto, debo levantarme y marcharme, ¿no es eso? —dijo el príncipe, levantándose a medias y riendo casi jovialmente a despecho de la patente dificultad de su situación—. Y de veras, general, aunque no tengo experiencia alguna de las costumbres de aquí, ni de cómo vive aquí la gente, había pensado que las cosas pasarían entre nosotros como efectivamente han pasado. ¡Quién sabe, quizá sea mejor así!... Por otra parte, ya entonces no recibí contestación a mi carta... Así es que... adiós, y perdone la molestia.

La mirada del príncipe era tan afable en ese momento y su sonrisa estaba tan libre de cualquier matiz de sentimiento hostil, ni siquiera disimulado, que el general se detuvo de pronto y miró a su visitante de manera diferente; su cambio de expresión tuvo lugar en un instante.

—Lo que pasa, príncipe —dijo con voz casi diferente—, es que aún no le conozco a usted; por otra parte, Lizaveta Prokófievna quizá quiera ver a una persona

que lleva su nombre... Espere un poco, si así lo desea, y si el tiempo no le apremia.

–¡Oh, el tiempo no me apremia! –dijo el príncipe, poniendo al momento sobre la mesa su sombrero blando y redondo–. Mi tiempo es enteramente mío. Confieso que contaba con que quizá Lizaveta Prokófievna recordase que le había escrito. Hace un momento, cuando estaba esperando ahí fuera, el criado de usted sospechaba que había venido a pedir a usted dinero. Me di cuenta de ello y supuse que había dado usted órdenes estrictas sobre el particular. Pero le aseguro que no he venido por eso, sino sola y exclusivamente para relacionarme con la gente. Pero me temo que le he importunado y eso me preocupa.

–Pues bien, príncipe –dijo el general con alegre sonrisa– si usted es efectivamente el que parece ser, pienso que entonces será un placer llegar a conocerle. Solo que, como puede usted ver, soy un hombre ocupado y en seguida tendré que sentarme a examinar y firmar unos papeles, y luego tendré que ir a ver a Su Excelencia, y después de eso a la oficina... Conque a pesar de querer ver a la gente... a la gente bien, quiero decir... a pesar de ello... Por otra parte, estoy tan seguro de que ha recibido usted una buena educación que... ¿Qué edad tiene usted, príncipe?

–Veintiséis años.

–¡Ah, yo hubiera creído que muchos menos!

–Sí, dicen que aparento menos edad de la que tengo. Pues bien, aprenderé a no molestarle, y lo aprenderé pronto porque no me gusta en absoluto molestar... Y, según parece, somos además tan diferentes de aspecto... y por toda clase de razones, que no puede haber entre nosotros muchas cosas en común. Aun-

que sepa usted que apenas creo en esta última idea, porque muy a menudo solo parece que las gentes no tienen nada en común, y luego resulta que sí tienen... Y es solo por pereza por lo que las gentes tienden a dividirse en grupos solo al primer golpe de vista y no pueden encontrar intereses comunes... Pero quizá estoy empezando a aburrirle. Parece usted...

–Dos palabras más: ¿tiene usted algunos recursos? ¿O se propone usted encontrar alguna ocupación? Perdona que...

–Por favor, aprecio mucho y comprendo su pregunta. Por el momento no tengo recursos ni tampoco ocupación, aunque ando necesitado de las dos cosas. El dinero que he tenido no era mío. Me lo dio Schneider, mi profesor, con quien estudié y seguí un tratamiento en Suiza; me dio dinero bastante para el camino y ni un céntimo más, por lo que ahora, por ejemplo, solo me quedan unos cuantos kopeks. Es cierto que tengo un asunto que ventilar y que necesito consejo, pero...

–Dígame entonces de qué piensa usted vivir mientras tanto y cuáles son sus planes –interrumpió el general.

–Quisiera trabajar en cualquier cosa.

–¡Ah, veo que es usted un filósofo! Pero, dígame, ¿tiene usted algún talento, alguna aptitud para algo, es decir, algo que le ayude a ganarse el pan de cada día? Perdona una vez más...

–¡Oh, no se disculpe! No, no creo tener ni talento ni capacidad especial para nada. Más bien lo contrario, ya que soy un enfermo y no he tenido una educación normal. En cuanto al pan de cada día, me parece que...

El general le interrumpió de nuevo y volvió a sus preguntas. El príncipe volvió a contarle lo que aquí ya se ha contado. Por lo visto, el general había oído hablar del difunto Pavlíshev y hasta le había conocido personalmente. Por qué Pavlíshev se había interesado en su educación, ni el propio príncipe sabría explicarlo; pero acaso fuese sencillamente por la amistad que había unido al difunto con su padre. El príncipe había quedado huérfano de padre y madre cuando aún era un niño pequeño, y había vivido y crecido en el campo, en diversos lugares, ya que su salud exigía una vida al aire libre. Pavlíshev le había puesto bajo la tutela de unas señoras ancianas que eran parientes suyas; al principio al cuidado de una institutriz y más tarde de un ayo; declaró que, si bien se acordaba de todo, no podía explicarlo de modo satisfactorio porque por aquel entonces no se daba cuenta de muchas cosas. Las frecuentes crisis de su enfermedad habían hecho de él casi un idiota (el príncipe así lo dijo: «idiota»). Contó finalmente que Pavlíshev había tropezado una vez en Berlín con el profesor suizo Schneider, especialista precisamente en ese género de enfermedad, quien tenía una clínica en Suiza, en el cantón de Valais, en la que empleaba, según sus propios métodos, un tratamiento de agua fría y gimnasia para los enfermos que padecían de idiocia y demencia, a la vez que les enseñaba toda clase de materias y atendía a su formación moral; que Pavlíshev le había enviado a ese médico de Suiza unos cinco años antes y había muerto de repente hacía dos años, sin haber dispuesto qué sería de él; que Schneider le había retenido consigo y había continuado el tratamiento durante dos años más; que no le había curado, pero le había ayu-

dado mucho; y que, finalmente, por propio deseo y gracias a una circunstancia imprevista, le había enviado ahora a Rusia.

El general quedó grandemente sorprendido.

—¿Entonces, en Rusia no tiene usted a nadie, absolutamente a nadie? —preguntó.

—De momento a nadie, pero espero... además, he recibido una carta...

—Al menos —interrumpió el general, sin escuchar lo de la carta— ha aprendido usted algo. Y su enfermedad ¿no le impedirá ocuparse en algo, por ejemplo, un empleo nada difícil en una oficina?

—¡Oh, de seguro que no me lo impedirá! Una colocación es lo que más desearía, porque yo mismo quiero averiguar de qué soy capaz. He estudiado constantemente durante estos últimos cuatro años, aunque no con entera regularidad, sino según el método de Schneider. Y además he leído muchos libros rusos.

—¿Libros rusos? ¿O sea, que sabe usted leer y escribe sin faltas?

—¡Oh, sí!

—¡Magnífico! ¿Y tiene usted buena letra?

—Una letra excelente. Ese quizá sea mi talento. En eso soy un verdadero calígrafo. Déme usted lo necesario y le escribiré algo como muestra —dijo el príncipe con ardor.

—Por favor. Además es necesario... Y me gusta esa buena disposición, príncipe. Es usted de veras muy simpático.

—Tiene usted unos avíos de escribir tan estupendos... tantos lápices, tantas plumas, un papel tan recio y suave... ¡Y qué despacho tan maravilloso el suyo! Conozco ese paisaje: es una vista de Suiza. Estoy se-

guro de que el artista lo pintó directamente del natural; y estoy seguro de que he visto ese lugar. Está en el cantón de Uri...

–Bien puede ser, aunque lo compré aquí. Gania, dale papel al príncipe; aquí tiene papel y pluma... ahí, en esa mesa, por favor. ¿Qué es esto? –agregó el general, volviéndose a Gania quien, mientras tanto, había sacado de su cartera un retrato, una fotografía de gran tamaño, y se la había entregado–. ¡Bah! ¡Nastasia Filíppovna! ¿Es ella misma, ella misma la que te lo ha mandado? –preguntó a Gania con gran vivacidad e interés.

–Hace poco. Me lo dio cuando fui a verla para felicitarla. Vengo pidiéndoselo desde hace mucho tiempo. No sé si ha sido una alusión al hecho de que fui a verla con las manos vacías, sin llevarle un regalo, en un día como ese –agregó Gania con sonrisa desagradable.

–Estoy seguro de que no –dijo el general con convicción–. ¡Y qué manera tan rara tienes de mirar las cosas! ¡Que ella haría una alusión de ese género!... ¡Pero si no es en absoluto una mujer interesada! Por otra parte, ¿qué podrías tú darle? ¡Te harían falta miles de rublos! ¿Tu retrato quizá? Y, a propósito, ¿no te ha pedido ella tu retrato todavía?

–No, todavía no; y quizá no me lo pida nunca. No habrá olvidado usted la velada de hoy, ¿verdad, Iván Fiódorovich? Porque es usted de los que han sido especialmente invitados.

–No, claro que no la he olvidado. Estaré allí. ¿Cómo no habría de ir? ¡Su cumpleaños... veinticinco años! Hmm... ¿Y sabes, Gania? Voy a revelarte un secreto, peor para ti, conque prepárate. Ella nos ha pro-